

# Manuela Carmena

## La joven política

*Un alegato por la tolerancia  
y crítico con los partidos*



# La joven política

Un alegato por la tolerancia y crítico con los partidos

Manuela Carmena

© Manuela Carmena Castrillo, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021  
Edicions Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespensula@planeta.es](mailto:edicionespensula@planeta.es)  
[www.edicionespensula.com](http://www.edicionespensula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Depósito legal: B. 16.498-2021  
ISBN: 978-84-1100-027-7



## ÍNDICE

Prefacio	9
1. Nosotros y los otros	17
2. Enemigos	31
3. El campo de batalla	47
4. El discurso: el armamento	65
5. La mentira: el napalm de la política	91
6. Los bandos: los partidos políticos	109
7. Las milicias, la tropa, los mandos	133
8. La conquista: llegar al poder	167
9. La paz es posible	205
El porqué de las recetas	249

## NOSOTROS Y LOS OTROS

En 2017, el Partido Popular (PP) me reprochó no haber querido colgar una pancarta en el edificio principal de nuestro ayuntamiento en recuerdo a Miguel Ángel Blanco, el concejal de su partido asesinado por ETA hacía veinte años, el 13 de julio de 1997.

Les expliqué que no me parecía razonable utilizar la fachada del ayuntamiento como una pizarra que se llena de las diferentes efemérides a honrar o a recordar. No les convencí. Me reprochaban que, si era así, cómo es que había instalada desde hacía dos años una gran pancarta en esa fachada en la que se daba la bienvenida a los refugiados. Creo que es algo muy distinto. Tomar posición ante una cuestión universal como la de los refugiados tiene sentido, ya que muestra la sensibilidad de una institución ante el problema. Rememorar un hecho luctuoso como el asesinato de Blanco, ciertamente trágico pero, por desgracia, no aislado, obligaría a convertir la sede municipal en ese tablón en el que se recogen noticias o rememoraciones diarias.

Entendí que no lo aceptarían. Más allá de mi respuesta, que ni escucharon, supongo que les pareció un caso que podía resultarles rentable desde su estrategia electoral, un pretexto como tantos otros. Así, podían presentarnos al equipo municipal que dirigía Madrid como un grupo de izquierdas que, en

maniqueo contraste, tenía sensibilidad ante la inmigración, pero carecía de ella hacia las víctimas del terrorismo.

Nada más lejos de la realidad. Como ya he manifestado en muchas ocasiones, las víctimas del terrorismo me conmueven profundamente. Recuerdo a la perfección la brutal ejecución de Miguel Ángel Blanco. Recuerdo también cómo, en aquella tensa tarde de verano, tuve la esperanza de que el Gobierno hubiera intentado negociar con los terroristas para salvar la vida de aquel joven concejal. Dicho esto, que tiene que ver con mis más íntimos recuerdos, siento y sentía también en 2017 —como todo el equipo de Gobierno del Ayuntamiento— una enorme empatía hacia Blanco.

Con la finalidad de aclarar nuestra postura y que no se mintiera sobre ella ni se desvirtuara, propusimos al PP y a los otros grupos municipales que se celebrara un acto en homenaje a aquel desdichado concejal y que tuviese lugar delante del ayuntamiento. Antes de comenzar el acto noté que el PP había convocado a personas del entorno de su militancia que, sin duda, pretendían boicotear la conmemoración. Había que salir al paso, no cabían discursos preparados. No comparto el gusto por esos papeles que un asistente coloca distraídamente en el pupitre del orador y, mucho menos, por esas detestables notas mecanografiadas o resumidas en un mensaje que se convierten en los argumentarios de los diferentes políticos. No sé qué hubiera dicho en aquella situación otro dirigente acostumbrado a leer sus discursos; había que improvisar.

Tomé el micrófono e intenté abrir el homenaje. No pudo ser. Un coro furioso y bien organizado comenzó a impedirme hablar gritando: «¡Vieja, vieja! ¡Roja, roja!». Muy serena, y aprovechando un intervalo en la cascada de insultos, comencé dando las gracias a los provocadores: «Muchas gracias. Muchas gracias a todos los que habéis venido a participar en este acto. Muchas gracias —insistí varias veces con énfasis y, diri-

giéndome a ellos, personalicé los agradecimientos—, muchas gracias a los que estáis expresando vuestra protesta y vuestro disgusto. Os doy las gracias porque afortunadamente vivimos en democracia y tenéis todo vuestro derecho de expresaros y de criticarme. Bien es verdad que soy una persona mayor. Vosotros decís “vieja”. Quizás la forma en la que habéis utilizado el sustantivo ha sido poco cortés, pero, bueno, lo que cuenta es que sí, soy mayor, tengo muchos años. Lo que pasa es que gracias a eso he vivido lo que era una dictadura y, junto con tantos otros, fui de los que contribuimos a conseguir la democracia para España. Nos costó mucho y a alguno le costó la vida. Es precisamente la esencia de la democracia lo que me hace escucharos y respetaros. La democracia nos iguala a todos, unos y otros la componemos. La libertad de expresión es el oxígeno de la democracia. La auténtica libertad de expresión es aquella que permite, en una sociedad, criticar a sus gobernantes. Y precisamente esas críticas son más importantes si parten de los otros, de los que no gobiernan».

Hablé con emoción pero con serenidad y los coros de insultos organizados enmudecieron, permitiendo que el acto continuara. Lo hice entonces, y me lo vuelvo a preguntar ahora, ¿por qué los provocadores enviados por el PP guardaron silencio?, ¿por qué me escucharon? No estoy nada segura, pero creo que les sorprendió mi respuesta y les desmontó la actuación que habían preparado en la que esperaban una confrontación. También quiero confiar en la fuerza que tienen las palabras cuando salen con convicción de uno mismo, y quizás por eso callaron.

En aquel entonces llevaba dos años de alcaldesa y la oposición ya me iba conociendo. Mi actitud tolerante y defensora de la democracia explicitada en otros actos no debía haber sorprendido a los concejales del PP. No obstante, con su profundo sectarismo, nunca la comprendieron y, por tanto, no

podieron preparar a sus huéspedes ante lo que se resistían a considerar como predecible.

No me cabe duda de que, tanto en mi expresión de entonces como en mi actual y cada vez mayor vinculación a la necesidad de cuidar la democracia, pesan mis experiencias juveniles en la lucha contra la dictadura del general Franco.

### APRENDIENDO A SER DEMÓCRATAS

Los de mi generación, quienes nacimos entre los años cuarenta y los cincuenta y tantos, accedimos a la democracia con un entusiasmo y una pasión desbordantes y, además, con una formación importante y curiosa. Nos instruimos luchando contra la dictadura, lo que quizás pueda parecer paradójico.

Aunque, cuando llegamos a la universidad, éramos una generación muy despolitizada, pronto unos cuantos —que enseguida fuimos muchos— nos sentimos atraídos por la democracia, eso de lo que fuera se disfrutaba y de lo que nosotros carecíamos. Nos fascinaba ese mundo exterior que empezamos a conocer viajando por Europa y hasta algunos tuvieron la suerte de ser becados en los programas que mantenía Estados Unidos para extender su influencia en el mundo occidental. Eran países que nos atraían porque envidiábamos su democracia. Pero en el mundo universitario, como también sucedió en el sindical, hubo minorías politizadas que nos encargamos de predicar la democracia. Éramos los activistas quienes, con el dinamismo propio de las minorías, ejercíamos una gran influencia sobre la mayoría.

Hace unos meses el profesor de Economía Pública y del Bienestar y amigo Javier Ruiz-Castillo me decía que la minoría politizada en la universidad de aquellos años éramos, en su mayoría, comunistas y no demócratas. No estoy de acuerdo,

aunque comprendo que lo dice porque la mayor parte de los estudiantes politizados de aquellos años estábamos, de una u otra forma, vinculados al Partido Comunista de España (PCE). Fue este partido el que, corriendo grandes riesgos y con habilidad, supo transmitir que era la única plataforma —como ahora se diría— que podía servir para enfrentarse a la dictadura y entusiasmar a muchos jóvenes. Pero según mi punto de vista, muchos de nosotros, y desde luego yo misma, éramos, sobre todo, antifranquistas y, por tanto, reclamantes de la democracia. Al rechazar la dictadura, nos comprometíamos con la democracia y le dábamos un papel esencial al progreso y a la lucha contra la desigualdad social.

Sin embargo, la enseñanza más importante para los activistas es que, en un contexto de despolitización generalizada buscada por el régimen, había que concienciar ante lo que este implicaba: la falta de libertades y la ausencia de una democracia que aparecía como un objetivo aún inalcanzable. Los activistas antifranquistas, el mínimo número de los militantes clandestinos y su entorno inmediato de líderes en potencia no afiliados tuvimos que aprender a convencer a la mayoría.

Además, la existencia del Sindicato Español Universitario (SEU) constituyó una base relevante para empezar a poner en práctica la democracia. Como éramos la privilegiada élite que, supuestamente, lideraría la continuidad del régimen, se nos permitía tener elecciones, lo que se presentaba como un sistema atractivo y útil porque se conseguía tomar decisiones.

Así, paradójicamente y todavía en plena dictadura, los estudiantes politizados de aquella época adquirimos profundas convicciones democráticas tanto por el ejercicio de convencer a la mayoría como por las votaciones del SEU. Desde muy pronto, y muy especialmente en aquellos años universitarios, nosotros, persiguiéndola, nos formamos en democracia.

En los consejos de curso, en las grandes asambleas de facultad que se celebraban, se vivía la democracia. Aquellas reuniones se organizaban para tratar de alcanzar decisiones que previamente habíamos diseñado los activistas. No obstante, nos esforzábamos en defender los turnos de palabra, en que estos fueran coherentes y en dar lugar a que quien quisiera pudiera tomar la palabra para exponer sus ideas. Nos parecía que en esa democracia con la que soñábamos y que ensayábamos cabíamos todos. Todos eran todos, e incluía a Defensa Universitaria, la derecha defensora del *statu quo* dictatorial (que ahora consideraríamos recalcitrante), al menos, en Derecho, donde tenía especial presencia.

La abogada Cristina Almeida y yo éramos compañeras de curso y amigas. En una Navidad decidimos organizar una cena entre todos los estudiantes que ostentábamos cargos de delegados y de representantes de los distintos cursos de la facultad. Me tocó hacer la tarjeta de invitación y recuerdo que pinté tres angelotes dándose la mano. Cada uno de ellos tenían bordados en sus vestidos el nombre de las tres grandes asociaciones de estudiantes que, aunque eran ilegales, existían de hecho: la organización de izquierdas Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), la de la democracia cristiana Unión de Estudiantes Demócratas (UED) y la de la derecha, la citada Defensa Universitaria. A todo el mundo le gustó la tarjeta, nadie se ofendió. La cena fue un éxito: asistimos todos y compartimos mesa, mantel y risas. Aun así, no me atrevo a asegurar que esa experiencia fuera generalizada, pues solo pasaba en Derecho.

Si durante la universidad empezó mi formación democrática, mis primeros años en el mundo de la abogacía fueron, aun en mayor medida, un ejercicio de auténtica práctica de la democracia. Todavía estábamos en el tardofranquismo y, en el ejercicio profesional, invocábamos constantemente esa forma de gobierno para interpretar el derecho encorsetado que nos

veíamos obligados a aplicar. Pero la práctica democrática se dio, sobre todo, en los colegios profesionales, ya que eran otras de las asociaciones permitidas y, por tanto, se erigían en foros donde prodigar nuestras convicciones democráticas y donde hacer proselitismo a favor de la democracia ejerciéndola. En ese marco, los colegios de abogados tuvieron una extraordinaria trascendencia, pues fue donde los activistas, aquí con mayor diversidad ideológica que en la universidad, vivimos una actividad frenética.

Recuerdo asambleas históricas en las que hubo intensos debates no exentos de tensión. Se hablaba, con gran despliegue argumental y una enorme pasión, desde perspectivas divergentes. No recuerdo el insulto ni como base ni como arma en esas discusiones, aunque la limitación a la libertad de expresión que vivíamos obligaba a enmascarar las posturas contra la dictadura. Como ocurría en la universidad y todavía más entre los profesionales más politizados, necesitábamos convencer ampliando el apoyo a nuestras propuestas, tratando de rebasar, democráticamente, los límites que la dictadura imponía.

En 1970, los colegios de abogados de España convocaron en León un congreso nacional en el que los abogados demócratas conseguimos que se aprobara nada menos que la amnistía para los presos políticos, que en aquel momento todavía estaban, en número significativo, en las cárceles españolas. Aquel congreso, un auténtico hito en la lucha por la democracia en España, acabó con lágrimas y abrazos entre los que habíamos mantenido posturas contrarias. Sin embargo, habíamos conseguido converger.

Así, los *influencers* de mi generación nos formamos en el profundo respeto a esa democracia por la que luchábamos. Cuando se consiguió, sentimos que habíamos contribuido a traerla y nos volcamos en reivindicar su ejercicio y su consideración. No está claro que ese respeto se mantenga hoy.

Por eso ahora, cuando me preguntan qué es lo que más me sorprendió de mis cuatro años de alcaldesa siempre digo lo mismo: el desprecio a la democracia y a sus valores en el diálogo político. Lo viví y lo padecí desde mis primeros días de ejercicio como alcaldesa.

### ¿SE NOS HA OLVIDADO QUÉ ES LA DEMOCRACIA?

La estructura municipal en España tiene poco definido qué es un pleno municipal y, en consecuencia, este es una especie de cajón de sastre asambleario. El pleno tiene un poder propio que se conforma, con sus mayorías, para avalar, permitir o negar decisiones del Gobierno municipal. Su aprobación se requiere para aprobar, por ejemplo, autorizaciones administrativas de carácter urbanístico o de índole similar. Pero asimismo tiene la función de control del Gobierno municipal, a cargo, en principio, de la oposición. Para ello, esta puede formular preguntas, dirigidas en su mayor parte al alcalde o alcaldesa, que ha de contestar en el pleno.

Sean como sean sus competencias, el pleno se celebra una vez al mes y es el lugar y la ocasión para el debate sobre la ciudad y sus problemas. Fue allí, en el seno del pleno municipal, donde radicó mi mayor sorpresa al entrar en la política institucional por la forma en la que fluía el diálogo político.

Me costó comprender hasta qué punto resultaba imposible analizar y debatir —sobre todo en profundidad— las apasionantes cuestiones de la ciudad en el pleno. La oposición no tenía otro objeto que impedir la actuación del equipo de Gobierno municipal y no trataba siquiera de disimularlo. Para eso solo tenía una estrategia: descalificar. Y para ello utilizaba, sin límite alguno, todos los medios que fueran necesarios, como la exageración, la intempestiva comparación, la tergi-

versación o la descarnada y desvergonzada mentira. El discurso descalificador, grosero y pueril contra mí misma y contra todos los miembros del Gobierno municipal era el hilo conductor del solo aparente debate.

Me tildarán de ingenua, pero no lo podía creer. Me parecía absurdo que no se pudiera hablar de los problemas de nuestra ciudad. Como presidenta del pleno lamenté lo que pasaba e hice varias intervenciones intentando convencer a todos los concejales de que lo que sucedía en el marco del discurso político era algo absurdo e infrecuente en la normalidad de la vida social. Me recriminaron mis admoniciones, que resultaron prédicas en el desierto.

Argumenté que no era posible ser eficaces en la necesaria gestión que reclama nuestra ciudad si nos dedicábamos a descalificarnos. A su vez, insistí en la importancia de las críticas que parece que corresponden siempre a la oposición. No obstante, también añadí que, con su actuación y su necesidad de criticar al Gobierno municipal con todo y por todo, la oposición trastocaba su función de control y crítica y la convertía en un intento de impedir la tarea de gestión del ejecutivo. Poner trabas a que el Gobierno haga cualquier cosa, al margen de que sea quizás buena, solo porque la han planteado «ellos», deviene deleznable.

Soy consciente de la sorpresa que puede despertar mi asombro. Muchos podrían decir: «Pero si es así en todos sitios, empezando por el Parlamento» o, como siempre, remitir al latiguillo «es que la política consiste en eso». ¡Qué visión tan despreciable de la noble política! Reconozco que me resisto a aceptarla.

Si pretendemos hacer las cosas bien, las críticas sobre cualquier actuación resultan importantísimas. Contar con diferentes miradas sobre lo que pretendemos realizar o ya hemos realizado es clave cuando planteamos una idea y su potencial

materialización en proyecto, cuando diseñamos la gestión de ese proyecto y, no digamos, cuando lo evaluamos (algo, por cierto, tan poco frecuente). En cualquier organización humana esto se sabe. Por eso, en los cursos de gestión se acostumbra a decir que una crítica es un regalo. En consecuencia, las críticas en el desarrollo de la gestión social tienen por objeto mejorar lo que se hace, no tratar de impedir que se haga ni poner palos en la rueda para que salga peor.

En la política al uso no es así. La oposición pretende ante todo derribar a quien gobierna, como sea y cuanto antes. Por eso la oposición asume que su verdadero cometido es imposibilitar que el ejecutivo en el poder haga cualquier cosa que pueda significar un éxito, no vaya a ser que le permita mantenerse en el poder. En el fondo, en el seno de la oposición late el «cuanto peor, mejor», es decir, cuanto peor lo haga el ejecutivo, mejor para la oposición, que puede ver más cerca su acceso al poder, aunque ese peor lo sufra la sociedad, lo sufran los ciudadanos.

Mientras insistía en esa concepción de la política y del corrosivo papel de la oposición, recordaba cómo hacía unos años había comprobado que esto se daba también, como vasos comunicantes, en las instancias gubernamentales. Colaboraba como asesora en el Gobierno vasco, que en ese momento gobernaba el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Mi función era redactar un proyecto de ley para indemnizar a las víctimas de la vulneración de los derechos humanos por agentes de las fuerzas de orden público durante la guerra con ETA. Había acabado la redacción del proyecto y, mientras se tramitaba, tenía algo de tiempo libre. Me pidieron entonces que realizara otro informe sobre una propuesta que había presentado en el Parlamento de Vitoria el Partido Nacionalista Vasco (PNV). La leí, me pareció inmejorable y así lo hice constar. Me llamaron los responsables del Gobierno en el área parla-

mentaria y me dijeron con toda claridad que el informe tenía que ser negativo, pues en ese momento el PNV hacía oposición al Gobierno. No se podía apoyar ninguna propuesta suya.

Sin embargo, volviendo al Ayuntamiento de Madrid, creo que, aunque se tienda a trasladar al mundo municipal la visión política de contraposición sin análisis, es donde choca más con el quehacer del Gobierno de gestión de la ciudad, ya que está vinculado más directa y estrechamente a los ciudadanos.

Por eso, en mis repetidos discursos en el pleno, incólume al desaliento, puse muchos ejemplos de la vida ordinaria. Traté que se entendiera que la política, y en especial en un ayuntamiento, ha de concebirse como una actividad similar a la que se realiza en cualquier organización humana. Nunca puede tener éxito algo que se realiza entre grupos diversos cuyo contenido es el enfrentamiento recíproco. «¿Os imagináis hasta qué punto sería imposible que funcionara un consejo de cualquier empresa, cooperativa, ONG o lo que sea, en la que, cuando se presentase un proyecto, se comenzara descalificando e insultando a los que lo proponen?», les decía.

También les expliqué cómo, en el mundo de la judicatura, de donde venía, se discutía mucho aunque no lo pareciera. Las sentencias que dictan los tribunales colegiados son fruto de los debates, incluso acalorados, que se suscitan entre los miembros del tribunal. Se discute respecto a los sucesos que se juzgan (lo que se reconoce, o no, como hechos probados) y respecto al derecho que puede resultar aplicable. Siempre se hace sin insultar ni descalificar, por más dispares que sean las posiciones, incluso si son diametralmente contrapuestas. No me podía imaginar nuestros tensos debates del tribunal cuajados de agravios. Se podría decir que esto que he explicado es respeto entre colegas, pero también deberían considerarse colegas los concejales, pues, aunque no han superado una oposición, han sido elegidos.

Pasado el primer año en la alcaldía, en el Debate del estado de la ciudad, enfoqué mi intervención inicial en que los concejales no éramos enemigos, ni siquiera adversarios. Como representantes elegidos por los ciudadanos, argumentaba, cada uno de nosotros éramos análogos: goznes imprescindibles del funcionamiento de la democracia, al margen de que a unos y otros nos hubieran elegido distintos grupos de ciudadanos.

Tengo que reconocer que apenas pude conseguir algún cambio, aunque me conforto en pensar que algo hice. Me tildaron de ingenua, de ignorante; en definitiva, de no conocer qué era la política. Me reprocharon los discursos y los regaños como si estuviera por encima de ellos. Creo que, moralmente, lo estaba.

#### EN DEMOCRACIA TODOS SOMOS NOSOTROS

La democracia nos obliga —o debería hacerlo— a valorar y a respetar al otro, al que representa a otros sectores sociales y políticos. Por el contrario, parece que nos atrincheramos, con manifiesto sectarismo, en actitudes que transmiten la idea opuesta.

Una expresión del sórdido sectarismo son los aplausos. ¿No es patético seguir la sucesión de sesgados aplausos alternativos, en el marco de los debates políticos? En los grandes foros donde transcurre el debate político vemos cómo cada uno de los grupos políticos solo aplaude a los suyos, a los de su familia política. ¿Por qué se aplaude en los debates públicos? Porque el orador ha sido especialmente claro o preciso, porque ha lanzado un acerado dardo a los otros o simplemente porque es uno de los nuestros y tenemos que apoyarle con nuestras palmas. ¿Por qué aplaudimos a los nuestros, aunque su intervención quizás no nos haya convencido? ¿Nos lo plan-

teamos siquiera o siempre nos convence, sobre todo si lo que ha hecho es insultar al otro? Y, finalmente, ¿por qué nunca aplaudimos a los de los otros partidos, aunque quizás su intervención nos haya convencido o nos haya parecido interesante y bien expuesta? Los aplausos no son más que la expresión del agudizado y creciente sectarismo, ahora enardecido en la confrontación.

Me he resistido todo lo posible a este tipo de aplausos. En Madrid, presidir el pleno es una facultad del alcalde, quien puede o no hacerlo, y yo decidí hacerlo porque creía que así podría contribuir a facilitar un cierto diálogo. Pese a la carga que representaba, creo que algo conseguí. En todo caso, la tarea de presidir el pleno y, por tanto, gestionar los turnos de palabra me evitó en parte el ejercicio del aplauso gregario.

Me gustaría recalcar, como dije en aquel Debate del estado de la ciudad, que en un ayuntamiento —y en general, en democracia— no debería haber enemigos ni adversarios. Juntos formamos un todo y cada uno de nosotros, con nuestras miradas especiales y diferentes, tenemos que contribuir a gestionar lo público, es decir, lanzar propuestas, construir proyectos y después evaluar sus resultados. Eso es lo que precisa la ciudad.

Ningún concejal de los que hicieron uso de la palabra en aquel pleno, ni los de enfrente ni los propios, comentó nada de lo que había dicho. Ningún medio de comunicación se hizo eco de aquellas consideraciones. Alguien me comentó que un miembro de la dirección del PSOE de la Comunidad de Madrid que observaba el pleno desde los palcos de invitados infravaloró mi intervención tildándola de ejercicio de buenismo. Esta es otra acusación recurrente, despectiva y desvalorizante, ante todo el que cuestiona los acuñados moldes de lo que se considera que es y debe ser la política. Estos argumentos recuerdan a aquella máxima del que fuera vicesecretario general del PSOE Alfonso Guerra y que después siempre negó, pero

que tanto encajaba con su papel: «El que se mueve no sale en la foto». Le faltó decir: «A quien no aplauda, lo apuntamos».

Tenemos que cuestionar ese empobrecedor concepto de la adversidad grupal. Es esa concepción de colectivos enfrentados la que alienta el desprecio de las ideas y sugerencias de los otros. Es la que nos hace deslizarnos por esa tan peligrosa pendiente, hasta poder llegar al verdadero desprecio del otro.